

riódicos políticos se disputaban la clientela á fuerza de folletines, en que los artículos de fondo no eran por decirlo así más que un platillo, porque Francia se interesaba más vivamente por d'Artagnan ó Edmundo Dantes que por los Sres. Duvergier de Hauranne y Guizot. Era la edad de oro de la novela, el reinado de Dumas I, que fué por lo demás un buen rey; porque no abusó del poder sino contra los libreros y los editores de periódicos con gran provecho de todos sus colegas; haciendo admitir el ingenio en la cotización de valores mobiliarios, sirvió á su prójimo tanto ó más que á si mismo y mejoró grandemente la condición del escritor.

Sus necesidades personales se reducían á la tinta y al papel. Me equivoco, también necesitaba colaboradores é hizo gran consumo de ellos. No lo ocultó jamás y, por otra parte el simple buen sentido demuestra claramente que un solo hombre era incapaz de escribir cien volúmenes por año. Los envidiosos y los impotentes le han echado en cara esta necesidad.

Bajo el excelente escritor que no tardará en ser clásico, gracias á la limpidez de su estilo, se halla siempre al hombre bondadoso y al buen patriota. Ama á su país más que todo, en el presente y en el pasado, sin sacrificar nada al espíritu de partido, sin incurrir en las deplorables iniquidades de la política. Nadie ha hablado de Luis XIV con más respeto, de María Antonieta con más compasión y de Bonaparte con más admiración que este republicano declarado y lleno de convicción. Fué, juntamente con Michelet, con Henri Martin, con los más ardientes y con los más austeros, un vulgarizador de nuestra historia y por eso ha merecido el amargo favor del destino que le ha hecho morir al terminar el año terrible y le ha separado de Francia al mismo tiempo que la Alsacia y la Lorena, envolviéndole como á un héroe vencido en la bandera nacional enlutada.

Fué una fuerza de la naturaleza; tuvo la potencia, la abundancia, la afición á la pompa, á la sensibilidad y á las cosas del ingenio; fué un río impetuoso, un torrente que conserva entre los peñascales y las abruptas gargantas, la pureza límpida de sus orígenes. Su inspiración fué honrada, vivificante y fecunda, por el vigor, la honradez, la majestad y la bondad.

Llegamos á Balzac, padre de ese Realismo, que fué la forma impuesta por el espíritu científico á la imaginación. Doctrina peligrosa, corta y estéril, muerta en el día. Con ella el pintor se hace fotógrafo. ¡Cuántos piensan describir siendo así que no hacen sino enumerar!

La imitación artística se hace catálogo, repertorio, enumeración. En verdad, esto sería demasiado fácil y concederíamos el diploma al reporter más paciente, más escrupuloso, más escudriñador y menos miope.

No es el detalle acumulado lo que puede dar la impresión de lo real.

Mírese desde cerca un lienzo de Millet y de Corot; no son sino vagas manchas. Retrocédanse tres pasos y de pronto reconocemos un nogal, un olmo ó una encina. ¿Dé dónde sale ese árbol tan netamente fácil de

conocer? ¿Representa el lienzo las hojas con su verdadera forma? De ningún modo; lo que el pintor ha observado, conservado y retenido únicamente es el aspecto general del árbol, la idea que da de él según la palabra de Claudio Bernard.

Los dibujos de los maestros están formados con indicaciones evocadoras.

La descripción literaria es una pintura, un dibujo: lo importante en ella es sorprender, notar, y expresar el rasgo característico breve, sumaria, pero hábilmente.

Parece natural, para un novelista, describir ante todo el medio y la decoración en que van á moverse sus personajes; parece igualmente natural que los vista y les dé su fisonomía propia.

En nuestros días el público no sospecha la idea de un relato en que no se sepa si el joven tenía una cazadora gris ó un sombrero de paja, si las lilas estaban en flor, si la joven era rubia ó morena, y de qué color era su vestido. La costumbre está ya hecha; todos esos detalles materiales nos interesan y nos parecen una de las condiciones indispensables de la perfecta imitación de la realidad.

Si hay realistas, hay esenitores que no lo son ó que son lo contrario, que vuelven á la manera clásica. Para ellos lo que importa es la serie lógica de los estados de alma, el análisis y la sucesión de los sentimientos.

La escuela idealista niega que sea necesario este medio material para las creaciones de la imaginación: los seres de ficción viven con una vida especial intelectual y literaria, aparte, fuera y por encima de las necesidades terrenas.

Las creaciones artísticas en literatura como en pintura como en escultura, se mueven en las esferas del arte y del genio, desprendidas de nuestras humanas debilidades.

Un académico lleno de ingenio pretendía que la *Venus de Milo* sería incapaz de tragar y digerir un ala de pavo asado; y que si Antígona fué invitada á comer, no sabría andar para pasar del salón al comedor.

Se dice que esto no es viviente y se cree dictar con estas palabras una sentencia de muerte contra una tragedia antigua, que sin embargo es muy bella. ¿Creéis que si invitaseis á Antígona á comer, sería capaz de ir por su pie del salón al comedor, aún cuando los Sres. Boissonade y Schlegel se diesen el brazo para sostenerla? El arte vuela y no corre ni anda; ¿qué hay en esto de malo? Esta falsa teoría de los seres vivientes es la que nos ha valido todas esas abominaciones de nuestros días. Prefiero incomparablemente más que seáis ese mármol blanco inmóvil y etéreo llamado Apolo, que el que fueseis capaz de comer seis libras de pan y un pavo asado y de saltar un foso de quince pies. En el fondo de los principios nuevos de la estética de nuestros días, hay algo de pavo asado. (*Doudan.*)

Los realistas no piensan así. Aunque el principio del realismo no ha variado, sus aplicaciones han sufrido modificaciones. Á los que saludarían en Balzac al padre de esa escuela, convendría recordarles que la aparición de este principio en Francia data de fines del siglo xvii; que La Bruyère los formuló y aplicó y que no se ha olvidado desde entonces. Su extensión no ha sido repentina; se ha desarrollado y difundido entre nosotros de un modo lento y progresivo.

Al salir del idealismo abstracto á que Racine había acostumbrado al público, — hoy día se pueden representar las tragedias de Racine con frac negro delante de un biombo; no exigen ni decoraciones ni trajes, — la atención de los descriptivos se dirigió desde luego hacia la pintura de los personajes, de su rostro, de su aspecto y de sus vestidos. Gil Blas y sus compañeros se hallan perfectamente plantados, vestidos y animados; el lápiz del ilustrador va guiado por el texto del autor, y aparece en seguida la figura completa y llena de vida. Léanse las notas de Beaumarchais relativas á la *mise en scène* de sus dramas; son verdaderas libretas de sastre y de costurera, y nos dan admirables detalles lo mismo que las estampas de la época acerca de las modas de entonces.

Voltaire llevó más lejos aún el cuidado en esta pintura, pues hasta se inquietó por las decoraciones y, por decirlo así, por el telón de fondo. Entonces se pretendió volver á colocar á los personajes en su medio ordinario paisaje ó interior, cabaña ó salón, templo ó mezquita, venta ó palacio real. Dramas y novelas fueron estudios sabios de color local; durante el período romántico, se resucitó con exactitud la Edad Media, sus catedrales, sus caballeros farrados de hierro, y sus hermosas castellanadas adornadas con la guimpa. España estuvo de moda y todo se volvió guitarras, panderetas, sombreros, castañuelas, alguaciles y gitanas¹.

La atención pública se fijó en el oriente y la literatura adquirió el color oriental; todo fué almeas, huríes, sultanas, favoritas, mezquitas, visires, eunucos de blancos dientes y de damasquinadas cimitarras.

En otros términos, al carácter de generalidad que distinguía al género clásico, se opuso la afición á lo particular, que distingue los tipos, los países, las provincias, las profesiones, los climas, las latitudes, las costumbres y los trajes. Á los idilios frescos y falsos de antaño, á las pastorales adornadas con moños, se sustituyeron los obreros de las fábricas, ennegrecidos por el humo y el sudor y los campesinos verdaderos, sucios y mal olientes.

Cuando la imaginación de nuestros autores hubo viajado suficientemente, dando la vuelta á Europa y al mundo habitado, volvió á Francia,

1. Desgraciadamente persiste hoy, aun entre la gente ilustrada, esta visión tan falsa como pintoresca de la España de las castañuelas, de la guitarra, de la navaja en la liga y de otras enormidades por el estilo. (N. del T.)

La erudición arqueológica ó etnográfica que destilaba el color local en el teatro ó en la novela, cedió el puesto á la observación inmediata de lo que pasa á nuestra vista. Á fines del siglo xix, se estaba en ese proceso, en esa evolución de un género. ¿En virtud de qué predilección extraña y enfermiza, creyeron nuestros escritores la mayor parte de las veces obrar bien, yendo á observar, á escudriñar y á describir lo feo, lo bajo, los medios infectos, desvergonzados y populacheros? El hecho es que la palabra realismo es sinónimo de brutalidad, de indecencia y de porquería. Fueron Balzac, Flaubert y sobre todo Zola los que dieron mayor impulso en ese sentido; sus indiscretos discípulos los dejaron atrás. Y á fines del siglo, se consideraba ya peligroso el realismo¹.

¿Tiene derecho el novelista para decirlo todo en nombre del arte? preguntaba Sully-Prudhomme. La disección pública de las costumbres ¿puede ser objeto del novelista como un curso de anatomía, y necesariamente casta, como él? La respuesta no es tan fácil como parece á primera vista.

La curiosidad de los lectores de novelas no pertenece al mismo género que la de los estudiantes de medicina; evidentemente está lejos de ser por completo intelectual. Cuando un novelista pinta una cosa cualquiera, moral ó física, se esfuerza naturalmente por sugerir una idea ó una imagen tan adecuada como sea posible. Hoy día esta fidelidad escrupulosa adquiere un carácter sagrado, casi sacerdotal; tiende á constituir toda la parte bella de la obra literaria.

Describir una cosa cualquiera con fría exactitud y hacer admirar únicamente esta exactitud es, según creo, el ideal de la escuela más avanzada. Pero este homenaje al gran arte del escritor ¿no corre con frecuencia peligro de costarle caro á la delicadeza de los lectores refinados?

Si la cosa descrita es repugnante, si es, por ejemplo, un vicio sucio, una porquería, éstos deben á la descripción concienzuda juntamente el placer de la admiración y el disgusto de la repugnancia, conflicto fastidioso de dos impresiones contrarias.

Pero, en todo caso, esto no es más que un inconveniente y la primera de estas impresiones puede ser bastante viva para sobreponerse á la segunda. Desgraciadamente hay algo peor que temer y es que, para el común de los lectores, en el cuadro, deleite menos el gusto de las palabras exactas, sabiamente dispuestas, que la animalidad persistente en la esencia humana, animalidad ó cínica ó solapada ó inconsciente. En efecto, falta mucho para que en todos los lectores, acompañe al sentido literario el de la dignidad humana. Por lo tanto, á pesar de sus intenciones irreprochables, se halla comprometida la responsabilidad del escritor, si no con respecto á las leyes de su género, por lo menos con respecto á las de la competencia vital entre los pueblos, porque siempre se lleva la ventaja la más vigorosa salud moral. Sin duda el arte y la moral tienen distintas disciplinas, pero, después de

1. Por desgracia, y cuando en Francia ya nadie habla de naturalismo y apenas si se leen las obras de Zola, en España reina en la novela un naturalismo mucho más repugnante que el de Zola, porque ni siquiera tiene la excusa de la forma artística. Los escaparates de las librerías ostentan mal llamadas novelas, tan repulsivas en el fondo como en la forma, pues ni siquiera están escritas en castellano. (N. del T.)

todo, quieranlo ó no, sus campos lindan entre sí y le importa al novelista por poco que le interesen la salvación y el rango de su patria, no poner de manifiesto las fealdades solas y no contribuir, aún sin quererlo, al enervamiento nacional lisonjeando los instintos depravados.

Balzac (1799-1850) nació en Tours é hizo sus estudios en el colegio de Vendôme. Refirió en *Louis Lambert* sus propios recuerdos de clase, la celda llamada « Culotte de bois », su poema sobre América, que contenía versos extraños.

O Inca, ô Inca, ô Roi infortuné et malheureux.

Vino á París para conquistar gloria y fortuna, y en su buhardilla fué amontonando sus primeros estudios, hechos por él ó en colaboración con Le Poitevin Saint-Alme, y bajo diversos seudónimos como *Horace de Saint-Aubin* ó *Lord Rhoone*. Así aparecieron *le Centenaire*, *l'Héritière de Birague*, *Wann Chlore* y otras novelas olvidadas. Sainte-Beuve las leyó y no aconseja su lectura. Al mismo tiempo que escribía, ejercía Balzac su oficio de tipógrafo. Habiendo fracasado una empresa de imprenta, declaró que la imprenta le devolvería lo que le había quitado.

Emprendió la edición de los clásicos y su idea, como siempre, enriqueció á otros y no á él. Intentó ser al mismo tiempo, fundidor de caracteres, impresor, editor y autor, con esa tendencia que era en él innata de debérselo todo á sí mismo.

Refirió sus desventuras en *Eve et David*. Vivía siempre en lucha con el ejército de sus deudas que fueron su viva y constante pesadilla. Trabajaba para comer y escribía á su hermana:

No te he enviado *Birague*, porque es una verdadera porquería literaria... La única cosa buena que hay en estos libros son los mil francos que me producen.

Empezó una tragedia, *Cromwell*.

Su hermana Laura Surville ha referido la génesis de esta tragedia de que quería Balzac hacer « el breviario de los pueblos y de los reyes ». « Tengo que empezar por una obra maestra ó retorcerme el cuello. » Los parientes y amigos á quienes sometió el plan lo juzgaron mediocre y él declaró: « Las tragedias no son mi fuerte. »

Después volvió á coger la pluma. Sus primeros éxitos fueron *el último Chuan* (1827), *Catherine de Médicis*, *la Physiologie du mariage* (1829), *la Maison du chat qui pelote*, *le Bal de Sceaux* y sobre todo, en 1830, *la Peau de chagrin*, cuento inspirado en Hoffmann.

El momento más brillante de la carrera de Balzac y que señala en cierta manera la floración de su genio, es la época en que publicó las novelas cortas y novelas que ha clasificado: *Scènes de la vie privée* y

Scènes de la vie de province. Pueden verse estas clasificaciones de la comedia humana, con otras en que no pensó al principio. Los principales de estos cuadros de género son: *la Femme abandonnée*, *la Femme de trente ans*, *la Grenadière*, *les Célibataires*, *le Lis dans la vallée*, *la Vieille Fille*, etc., y en primer término *Eugénie Grandet*.

Imitó en un principio á Walter Scott, pero el presente le atraía demasiado para que pudiera interesarle largo tiempo el pasado.

La Fisiología del matrimonio le dió ocasión para denunciar esta institución como una necesidad social tragicómica, que pone en lucha dos egoísmos; es una obra de análisis y de disección brutal. Envuelve hábilmente con forma cándida y arcaica las audacias de sus *Cuentos droláticos*. Cierta día imploró desesperado:

Al caballero de Lo Alto, y el llamado Altísimo hizo que Mercurio le echase un escritorio en el que estaban grabadas estas tres letras: *Ave...* Cuando, á fuerza de volver y revolver dicho escritorio, logró leer al revés *Eva*. ¿Qué es Eva sino todas las mujeres en una sola? Por consiguiente, la voz divina decía al autor: « Piensa en la mujer: ella curará tu llaga, llenará el vacío de tu zurrón; la mujer es tu bien, no tengas más que una mujer... *Ave*, saluda á Eva, la mujer.

Y compuso historias muy libres de amor con el colorido cálido y la carnal suntuosidad de un Rubens.

En *la Peau de chagrin*, halló la formula de la vida: *poder, querer*, y en medio de una decoración fantástica, trazó su primera gran visión de la sociedad, de esos jóvenes que temen más una mancha de barro en sus escaupines que un tiro de pistola; que sienten desprecio hacia los desgraciados, y experimentan toda clase de complacencias hacia el vicio y toda clase de ternuras hacia el dinero. Esta fué la novedad del libro: el amor dejaba de ser el resorte de todas las novelas; Balzac lo reemplazó por la avidez en la conquista del oro. Goethe leyó este libro al fin de su vida y le llamó extraordinariamente la atención. Expresó su admiración en sus cartas á Riemer en 1831. La labor de Balzac era formidable y continua.

El monumento no está terminado, pero tal como se encuentra, asusta por su enormidad y las generaciones sorprendidas se preguntarán quién es el gigante que ha levantado por sí solo estos formidables bloques y ha erigido hasta tal altura esta Babel en que zumba toda una sociedad. (Th. Gautier.)

Acostado á las ocho, levantado á media noche, envuelto en su hábito de monje, pasaba la noche en el trabajo é iba á refrescarse á la calle¹

¹ Salía á veces para calentarse. Hallándose en visita en casa de la Sra. de Girardin, que habitaba en los Campos Eliseos un glacial templo griego en la esquina de la calle de Chaillot, salió inmediatamente refunfunando: «; Habitar un templo cuando no se es dios! Es decir cuando no se tiene el privilegio de ponerse al abrigo, en virtud de su naturaleza divina, de los

para dirigirse á la imprenta, donde corregía durante dos horas sus laboriosas pruebas, para irse después á casa de algún amigo.

Á veces llegaba á nuestra casa por la mañana anhelante, agotado, aturdido por el aire fresco como Vulcano escapándose de su fragua y se dejaba caer en un diván: su larga vigilia le había abierto el apetito y mezclando sardinas con manteca, hacía una especie de pomada que le recordaba los chicharrones de Tours y que extendía sobre el pan. Era su plato favorito; apenas acababa de comer, se quedaba dormido, suplicándonos antes que le despertásemos al cabo de una hora. Sin tener en cuenta la consigna, respetábamos aquel sueño tan bien ganado, y procurábamos que reinase el silencio en la casa. Cuando Balzac se despertaba espontáneamente, y veía el crepúsculo de la tarde esparcir sus tintes grises por el cielo, daba un salto y nos llenaba de injurias, llamándonos traidores, ladrones y asesinos, diciéndonos que le hacíamos perder diez mil francos, porque, hallándose despierto, hubiera podido ocurrírsele la idea de una novela que le hubiera procurado dicha suma (sin contar las reimpressiones). Éramos causa de las catástrofes más graves y de no imaginados desórdenes. Le habíamos hecho faltar á citas con banqueros, editores y duquesas y no se hallaría en disposición de poder hacer frente á sus vencimientos; este fatal sueño le costaría millones. Pero nosotros nos consolábamos fácilmente al ver reaparecer en sus descansadas mejillas los hermosos colores de su país.

Lamartine ha trazado de él este bosquejo:

Su exterior era tan inculto como su talento. Tenía figura de elemento: cabeza gorda, cabellos sueltos sobre el cuello y las mejillas, como crines que no podaban nunca las tijeras; facciones obtusas, labios gruesos, mirada dulce pero llena de fuego: traje que estaba en contradicción con toda elegancia: casaca estrecha sobre un cuerpo colosal, chaleco desabrochado, camisa de fuerte cáñamo, medias azules, zapatos que rompían las alfombras, en fin, el aspecto de un escolar en vacaciones que ha crecido durante el año y á quien le viene muy estrecho el traje. Tal es el hombre que escribía por sí solo una biblioteca de su siglo, el Walter Scott de Francia, no el Walter Scott de los paisajes y de las aventuras, sino lo que es más prodigioso, el Walter Scott de los caracteres, el Dante de los círculos infinitos de la vida humana, el Molière de la Comedia leída, menos perfecto, pero también creador y más fecundo que el Molière de la comedia representada. ¿Por qué no igualaba en él el estilo á la concepción? De ser así Francia hubiera tenido dos Molière y el mayor no hubiera sido seguramente el primero¹.

reumatismos y catarros! Un templo con pórtico, columnas jónicas, pavimeton de mosaico, revestimiento de mármol, paredes de liso estuco, cornisas de alabastro, y otros adornos griegos á los cuarenta y ocho grados y cincuenta minutos de latitud norte! Y so pretexto de que estamos en el mes de junio, no hay el menor fuego en la chimenea! Por otra parte, todo el bosque de Dodona convertido en leña no bastaría para calentar semejante monumento. Tanto valdría, á fe mía, recibir á sus amigos en el mar de hielo en Suiza. Por eso cuando la Sra. de Girardin, viéndome levantarme para partir, me dijo: «Cómo ¡nos dejáis ya, Balzac?» No pude menos de responderle: «Si señora, voy á calentarme un poco en la calle.»

1. «Se le hallaba siempre en su casa vestido con una ancha bata de casimir blanco forrada de seda blanca, cortada como el hábito de un monje y sujeta á la cintura con un cordón de seda; con la cabeza cubierta con el gorro dantesco de terciopelo negro adoptado en su buhardilla, que llevó siempre en adelante y que le fabricaba únicamente su madre. Según las horas

Gordo, ancho y corto, de cabellos castaños é hirsutos, tenía una mirada muy viva que penetraba hasta el fondo del alma. Se ha criticado mucho la estatua de Rodin y sin embargo era tal vez la más espiritual, puesto que expresaba la impotencia para hacer la estatua de aquel ser. Jamás ha salido bien sino en busto.

Desde 1822 se vió sostenido por la amistad fiel de la Sra. de Berny, «su ángel», su sol moral, que era para él «lo que ninguna otra criatura puede ser para otro cualquiera.»

Albert Savarus refiere una historia de las relaciones intelectuales entre un hombre y una mujer que eran Balzac y la condesa rusa Hanska. Á su influencia se debe *Serafita* novela mística.

Habitó en su castillo de Wierzchownie, en Ucrania; el esclavo que le sirvió de ayuda de cámara vive aún y se complace en hablar de aquel amor de un día¹.

Se casó con la Sra. Eva Hanska en 1849, poco tiempo antes de su muerte, acerca de la cual existe cierto misterio creado por las negativas opuestas por la familia á los relatos de Víctor Hugo y de Octavio Mirbeau según J. Gigoux.

La tumba de Balzac se encuentra al oeste de la colina del Père-Lachaise, en una calle corta que va á dar á la avenida Frédéric Soulié. Rodea una verja de hierro el edificio de medianas dimensiones que sostiene una columnita cuadrada, sobre la cual se halla el busto en bronce del escritor, que modeló en 1844 su amigo David d'Angers. Sobre tres lados de la columnita, hay incrustadas cruces en la superficie. Al pie se halla

en que salía era su traje muy descuidado ó muy cuidadoso... Triunfaba de la vulgaridad que da la gordura gracias á sus modales y gestos llenos de gracia y de distinción nativa.» (M^{me} Surville.)

«Permanecía ordinariamente encerrado durante seis semanas ó seis meses con las ventanas cerradas ó las cortinas corridas, no leyendo ninguna carta, trabajando á veces diez y ocho horas por día á la luz de cuatro bujías envuelto en su hábito de dominico.» (Werdel.)

Adolphe Brisson tuvo la graciosa ocurrencia, durante las fiestas del centenario en Tours, de pedir las medidas de Balzac al antiguo sastre del gran novelista, el Sr. Pion, las cuales explican la dificultad que tuvieron los escultores para representar aquel hombre tan gordo y tan bajo (Vasselot, Rodin, Falguière).

1. En esto hermoso castillo de Wierzchownie, inmortalizado por su permanencia y por la gloria de su recuerdo, no ha habido casi ningún cambio. El propietario actual, conde Adam Rzewuski, un gran señor muy dado á las letras y muy inteligente, grande y sincero admirador de las obras del maestro, conserva piadosamente todos los recuerdos de la época de Balzac, desde el admirable retrato de Boulanger de que sólo tenemos copias en Francia, hasta los menores detalles del mueblaje de las habitaciones que ocupó en otro tiempo el gran novelista en el ala derecha del castillo y que más de una vez ha descrito en sus cartas.

«El más joven de mis hermanos, el conde Leoncio Rzewuski, que es también un muy brillante oficial, de rara y elevada cultura intelectual, aficionado de gran gusto y delicado conocedor de las bellas letras, ingenio tan encantador y tan europeo por sus ideas como su hermano Adam, también admirador ferviente de Balzac, cuando viene á Wierzchownie á pasar algunos días, habita el departamento del maestro en que nada se ha cambiado.»

«Y si el autor de la *Comedia Humana* volviese al hermoso castillo de Ucrania, del que habla con tanta admiración en su correspondencia, hallaría en él también á su fiel ayuda de cámara, muy viejo hoy, claro está, pero siempre bueno y diligente, único superviviente de aquella época y que se acuerda perfectamente de Balzac que, por otra parte, produjo impresión profunda en los indígenas del país. Durante mi infancia, que pasé entera en Wierzchownie, ¡cuántas veces he oído á la gente vieja hablar de él con una animación, una simpatía y una curiosidad que nada había logrado debilitar!» (Stanislas Rzewuski).

colocado un libro con estas dos palabras: *Comédie humaine*. Encima hay colocada una pluma de bronce. Dos breves epitafios inscritos en los lados nos hacen conocer que allí duermen también Eva Hanska condesa Rzewuska, que fué la musa y la esposa de Balzac, muerta en París el 2 de abril de 1882, y el conde Jorge Wandalin de Mniszech su pariente. Alredor de Balzac se ven algunas tumbas de escritores: Charles Nodier, Emile Souvestre y en frente, bajo una lápida en mal estado, Gerardo de Nerval.

Aquel espíritu fué sorprendente, no porque dejase de tener sus límites: estilo débil á veces, languideces y disertaciones afectadas, exageraciones mitad románticas, mitad melodramáticas y pinturas falsas de la aristocracia que él no conocía. Pero nadie ha logrado acercarse á él en el cuadro de los caracteres generales del pueblo y de la burguesía, nadie ha sabido deducir mejor que él las consecuencias fatales de una sola manía para toda una vida ó toda una raza, ya se trate de la avaricia de Grandet, ya de la envidia de Cousine Bette, ya del vicio de Hulot, ó ya de la locura de Baltasar Claés. Vivió de tal manera en contacto con sus personajes que nos los presenta con una verdad extraordinaria y nos parece que los vemos. No se diría que escribe una novela, sino un libro de historia.

Su trabajo era laborioso. Y él se daba cuenta de ello:

Si el artista no se precipita en el fondo de su obra como Curcio en el abismo, como el soldado al asalto del reducto, sin reflexionar y si, una vez en ese cráter, no trabaja como el minero hundido bajo un derrumbe, y se para á contemplar las dificultades en lugar de vencerlas una á una... asiste al suicidio de su talento.

Decía además: « Me pongo al trabajo con desesperación y lo dejo con pena. »

Le faltó el don de escribir y le suplió con un trabajo encarnizado. Envidiaba á Teophile Gautier, le copió y plagió en *Beatrice* donde se encuentran pasajes de artículos de Teo acerca de la Srta. Georges y Jenny Colon, trasladados en favor de Camila. Gautier tenía el colorido y Balzac el alma. Ambos se hubieran completado. Balzac carecía del sentido plástico. No contempla su modelo en una actitud fija y elocuente; le ve agitarse, vivir, hablar y envejecer, y necesita un flujo de palabras para expresar este movimiento perpetuo. Es raro que su expresión sea sobria y condensada; se ve precipitada por el flujo de las observaciones y las ideas. Debe retocarla, hace tirar diez, quince y hasta veinte pruebas que vuelve llenas de retoques. Escribía más bien mal que bien¹. Le ha defendido de este reproche Brunetière.

¹ Nos hablará de proyecciones flúidas de las miradas que sirven para tocar la piel flúida de la mujer; de la atmósfera de París en que sopla arremolinado un *simon* que arrebató los

Reprocharle el haber escrito mal como se hace aún, y como yo mismo lo he hecho hace bastantes años, cuando era aún joven, es referirse á una concepción de estilo algo estrecha y abstracta que podría definirse con la frase famosa de Winckelmann: « La belleza perfecta es como el agua pura que no tiene sabor particular. » Data de la época en que el Apolo del Belvedere, con sus formas ideales, ó más bien teóricas, y sobre todo despojadas de toda nota individual ó característica, pasaba por la obra maestra del arte. Y es por otra parte seguro que el agua buena lo es cuando está muy pura, ó por mejor decir muy insípida. Es seguro que en literatura, ó por lo menos en prosa, se experimenta un vivo placer, muy natural y muy legítimo en ver dibujarse bajo la transparencia de las palabras, los contornos precisos de la idea. Pero, desde entonces acá, nos hemos hecho más exigentes. Y, lo mismo en la novela que en el teatro, hemos echado de ver que el estilo no consistía esencialmente ni en una corrección cuyo mérito en suma no va más allá de la exactitud ortográfica, ó en una facilidad, en una abundancia que acababan (tal sucede con la prosa de Jorge Sand) por producir la sensación de la monotonía, ni en ese modo de escribir artístico que hizo la desesperación de Flaubert, sino únicamente y tal vez en el don de crear cosas vivas. Ó más bien aún hacer algo viviente es lo que se propone el artista moderno antes que todo y en este terreno le juzgamos; esto es lo que asegura, á despecho de los maestros de escuela, la duración de su obra y, en tal sentido, el estilo, como lo comprenden los gramáticos, no debe ser más que un medio¹.

Necesitaba veinte pruebas llenas de tachones, de añadiduras y de llamadas. Los cajistas se apostaban á hacer « más de una hora de Balzac ».

El estilo es martillado, el pensamiento complicado, y lleno de detalles é incidencias; es una ola que brota á borbollones y que él no puede dominar.

Insensible al arte griego, no estudió la belleza plástica, ni veneró estatuas ni diosas: fijó su observación en la parisiense de su época, conoció todos los artificios de su modo de vestir, todos los secretos de su tocador, todos los recodos de su pobre corazón y las miserias de su naturaleza. Desdeña á las jóvenes; toma sus heroínas á los treinta años cuando están ya experimentadas, á veces doloridas, desengañadas y ávidas de la última y gran pasión que ha de sacudir todos sus nervios y dejarlas desesperadas.

Pertenecen á la época de la Restauración, aunque la Sra. Dey, tipo conmovedor del amor maternal en *le Réquisitionnaire*, es una parisiense

corazones; de la lenta acción del *sirocco* de la atmósfera provinciana; de la razón, coeficiente de los acontecimientos; de la *mnemotecnia pecuniaria*; de las frases lanzadas por los tubos capilares del gran conciliábulo hembra; de un niño (Luis Lambert) de cuya *idiosincrasia* participaba; de ideas devoradoras destiladas por una frente calva; de los abortos con que la *freza del genio* cubre una costa árida; de las *landas filosóficas* de la incredulidad; de los *pondanos* de la esperanza ó de la incertidumbre; de los *subterráneos* minados por la desgracia y que suenan á hueco en la vida íntima; de una sociedad que se siente perturbada en todas sus visceras, públicas y domésticas; de la *resplandeciente fascinación* y de la *palidez mate del sonido*; de palabras *desgreñadas*; de impresiones *fértiles y densas*; de *cálidas inflexiones de la voz*; de *acres miradas*, etc.

¹ Véase Alejandro Dumas hijo, en el prefacio de *Père prodigue*, donde expone las mismas ideas, aunque no se trata de libros.